

NOTAS Y ENSAYOS

THEOPHRASTE RENAUDOT, MEDICO, FILANTROPO Y PUBLICISTA EN LA FRANCIA DE RICHELIEU

Roberto González Flórez

Teofrasto Renaudot, el médico y periodista más inquieto de su época, que iba a marcar con la huella de su talento inventivo y filántropo un amplio campo de la actividad social, científica e informativa de la primera mitad del siglo XVII en Francia, era natural de Loudun, al N. O. de Poitiers; se trataba de una importante plaza calvinista, donde los reformados habían mantenido varios sínodos; allí nació en 1586, en el seno de una familia protestante. Tierra poitevina que había visto nacer, un año antes, al futuro cardenal de Richelieu, y donde los conflictos religiosos habían alcanzado singular virulencia.

A los 19 años (explicable por el “plan de estudios” más ágil, menos formalista y corporativo que el imperante en la Facultad de París), obtiene Renaudot el grado de doctor en medicina por la universidad de Montpellier (1), pero es consciente de su juventud para el ejercicio de su ciencia y decide viajar durante algún tiempo por Francia y el extranjero, *pour recueillir* —explicará él mismo (2)— *ce que je trouverai de meilleur en la pratique de cet art*. En París, parece que tuvo ocasión de perfeccionarse en cirugía.

Regresa a Loudun y se consagra a la medicina, frecuentando los medios intelectuales y literarios: recibe allí como paciente al provincial de capuchinos, François-Joseph Leclerc du Tremblay, que más conocen ya por el *Père Joseph* (luego eminencia gris del futuro todopoderoso ministro de Luis XIII), parisiense venido en misión a predicar por esta comarca de protestantes, y que suele tomar retiro en la abadía de Coussay, cuyo prior es Armand-Jean du Plessis de Richelieu, joven obispo de Luçon desde 1606.

El destino ha querido, pues, reunir así a los tres vértices de lo que constituiría el sistema político de guerra contra España; en el centro, el rey.

Al término de las luchas civiles de religión, el medio rural había caído en una notable postración: despoblación y miseria eran el lote general de los campos de Francia. Amplios sectores sufrían las consecuencias sociales y físicas de las guerras: mujeres privadas bruscamente del sostén económico, huérfanos, tierras abandonadas por falta de brazos; muchos campesinos arruinados, arrancados por el hambre, habían venido a refugiarse a las ciudades, París particularmente, donde se les acogía con tanto menos gusto, cuanto que se les temía portadores de la peste; al menos les quedaba el recurso de la mendicidad o el anonimato.

Vincent de Paul, representante eminente del vigoroso movimiento de la caridad y apostolado que las congregaciones católicas ilustraron en el siglo XVII, comenzaba en torno a 1615 su labor en el mundo rural de la miseria. En provincias y en la capital del reino se sucedían las iniciativas públicas ya desde los tiempos de Enrique II; el rey bearnés, concluidas las guerras civiles, funda un hospital militar para inválidos y manda construir extramuros el *hôpital de Saint Louis* para apestados, que su sucesor Luis XIII inaugurará en 1619 (3). Las autoridades habían intentado atender a tan grave situación creando algunos grandes centros asistenciales o asilos, como el *hôpital de la Pitié* en la *rue Saint Victor*, que acogía a 5.000 menesterosos, y se emprendió una nueva ampliación del muy antiguo *Hôtel-Dieu*, orientado casi exclusivamente hacia la enfermedad propiamente dicha, que funcionaba en condiciones higiénico-sanitarias absolutamente indescriptibles (4), y donde la huella de *Monsieur Vincent* (él que, entre otras notables actividades, creaba la obra de los *Enfants trouvés* en 1638) y la abnegación de las Hijas de la Caridad no están ausentes, y se mantendrán desde los años 30.

Venía ya desde los tiempos del Concilio de Trento una renovada preocupación de la Iglesia Católica —superado un cierto embotamiento y estimulada por la crítica protestante— hacia aquel hondo problema social, intentando evitar un sensible desviacionismo de la función hospitalaria de la caridad a las simples operaciones de policía y seguridad pública, y reivindicando la autoridad episcopal sobre unos establecimientos cuya gestión los municipios, parlamentos y administración real tendían a reservarse con la llegada de aportaciones públicas (5) a un campo en el que la caridad privada se revelaba ya impotente.

Se aparcaba a aquellos infortunados más en prisiones que en asilos de acogida para curarlos o cuidarlos con mediana dignidad; al trabajo obliga-

torio, particularmente en tareas textiles —razonable, en tanto allí permanecieran, para subvenir a los gastos que su atención ocasionaba— se añadía el rigor y la falta de libertad; en diversas ocasiones, aquellos hombres y mujeres, campesinos desarraigados la mayoría, soldados sin empleo, niños huérfanos o del arroyo, llegaron a protagonizar algunas revueltas y fugas colectivas. Por lo demás, eran frecuentes en la gran ciudad y sus arrabales, por la que deambulaban 60.000 individuos (6) ocasionalmente constituidos en bandas, los robos y el asesinato.

Cuanto Teofrasto Renaudot llega a París por primera vez en 1612, llamado por el P. Joseph, es un hecho ya notorio que el sistema de trabajo sin libertad ha fracasado como vía para remediar la cuestión social de la marginación y la indigencia. El joven médico somete en el Louvre sus propios planes bajo forma de un informe sobre la *extinction du paupérisme et l'établissement d'un bureau d'adresses*. Una sentencia de la jurisdicción real del *Châtelet* lo reconoce inmediatamente de utilidad pública y el rey, que le nombra *médecin ordinaire du roi*, concede al poitevino una patente de ejercicio (*brevet*) en octubre de este mismo año. Pero sólo será en febrero de 1618 cuando aparezca publicado el decreto (*arrêt*) que otorgaba al doctor de Loudun el título de *commissaire général des pauvres* del Reino.

En lo político, son años de difícil transición hacia la estabilidad, desde el asesinato de Enrique IV en 1610. Su viuda María de Médicis, ha recibido plenos poderes del Parlamento, para pasar a dirigir el Consejo cuando en el otoño de 1614, Luis XIII es declarado mayor de edad. La regente deja gobernar a un Concini detestado por el joven rey, los Grandes, la opinión protestante y galicana y el elemento popular. Tanto más, cuanto que las *bodas españolas* pactadas en 1612, pondrán a Francia, sin compensaciones, en la esfera de influencia de los Habsburgo.

El buen adulator obispo Richelieu es llamado por María de Médicis, en noviembre de 1616, a dirigir la Secretaría de Estado de la Guerra y los Negocios Extranjeros; se distingue ya por un *essai de redressement* del Reino, en cuyo programa no falta el apoyo en Europa de los enemigos de España.

Los dos pistoletazos que enviaban a Concini a la tumba en abril de 1617 (acto inspirado por Luis), arrastraban también momentáneamente a un Richelieu fuertemente comprometido con la Regente, ahora exiliada a Blois. Un favorito sucede a un valido, y Luynes se mostrará no menos codicioso y nepótico. En la honda desavenencia surgida entre la reina-madre y Luis XIII, Richelieu, experto intrigante, ofrece su mediación entre las dos partes y las respectivas banderías. María vuelve al Consejo en enero de

1622. El modesto obispo de Luçon se hace indispensable. El capelo cardenalicio premiará en septiembre su interesada diligencia.

Cuando, en abril de 1624, la reina-madre fuerza la voluntad del desconfiado Luis XIII y éste llama al flamante cardenal, la de Médicis está convencida de introducir en el Consejo a un intendente a su servicio; se engaña. Richelieu aporta una idea fija: servir en adelante al rey en el interior, y en Europa, los altos intereses de Francia y la Monarquía. Unos meses después, era ya Jefe del Consejo.

El regreso de su paisano al Consejo del Rey (7) alienta a Renaudot en la prosecución de sus proyectos; seguro ahora de la estima y la protección de su ilustre amigo, se aleja de Loudun definitivamente y se instala en París en el transcurso de 1625 —coincidiendo ello con su propia conversión al catolicismo.

En la Capital va a emprender la organización de la ayuda y cuidado a los enfermos más necesitados de la gran ciudad y la asistencia a los pobres de quienes él decía que eran *l'objet de [ses] labeurs et la plus agréable fin qui [lui] soit jamais proposée* (8). El rey, en 1628, le confirma el título de comisario a su *amé et léal conseiller et médecin ordinaire, maître Théophraste Renaudot*.

Comisariado, por otra parte, mal definido; nadie veía por entonces, entre los allegados al Cardenal y el Gobierno, lo que podría ser aquel *Bureau d'adresses*. En el ánimo de su fundador, todos aquellos que, expulsados por el hambre de su región, llegaban a París, deberían enseguida encontrar trabajo, por medio de direcciones de empleadores y amos demandantes, que se les suministraría. Si, posteriormente a aquella ayuda y consejo, se les hallase vagabundeando por las calles y sin recursos propios, los poderes públicos ejercerían contra aquellos individuos el rigor de la autoridad. Renaudot pretendía darle a su establecimiento un carácter oficial: dispensario, oficina de empleo, agencia de información de cualquier naturaleza para ricos y pobres.

Tal era aquel *Bureau d'adresses et rencontres* que iniciaba su andadura a partir de 1629, en la *rue de la Calandre*, en la isla de *La Cité*. La oficina abría al público por las mañanas de ocho a mediodía, y por las tardes entre las dos y las seis. Sus actividades serán múltiples: colocaciones, sala popular de ventas, dispensario, información, pero todas confluían en un idéntico objetivo de ayuda y servicio, reflejado en aquellas hojas in-8.º —*feuilles*— que Renaudot imprimía y mandaba distribuir, no sin la protesta vehemente del gremio de impresores (9). De ella pronto saldrá *La Gazette*, la obra de más talla y substancia, en el terreno de la opinión, al servicio de la política

cardenalicia (10). *La Maison du Grand Coq*, que ese era el emblema de la agencia, pronto hubo de ampliarse. El Gobierno, favorable a aquella institución, desarrollará posteriormente con nuevas competencias sus originarias atribuciones en la *Ordonnance de police* de 27 de febrero de 1640, referida a forasteros y extranjeros —*forains et étrangers sans condition ni emploi*— las personas incluidas en dichas categorías deberían inscribirse en adelante en la Agencia de Renaudot, dentro de las veinticuatro horas de su llegada a la Capital, sin lo cual serían considerados vagabundos.

Será tal el éxito de la institución imaginada por T. Renaudot que, a partir de 1641, se abrirán algunas sucursales en otros lugares del mismo París. Pero el hondo problema de la marginación y la extremada penuria general del Reino difícilmente podrían entrar en vías de solución, ni paliarse tan siquiera, con simples iniciativas de caridad, por bien intencionadas que éstas fuesen. La política belicista, a bandera desplegada, del Cardenal de Richelieu desde 1635, que sucedía a una etapa soterrada contra la Monarquía Española y sus intereses en Europa, iba a acelerar, por el contrario, la degradación del tejido social de Francia, insuficientemente recuperada tras los meritorios esfuerzos de los ministros de Enrique IV. Al comienzo del reinado de Luis XIV, se calculaban en París unos 40.000 pordioseros o indigentes.

La actividad didáctica y científica de T. Renaudot tenía su principal reflejo en la organización de conferencias a partir de 1631/32. Eran aquéllas asambleas de personas ilustradas y de cuantos sentían sincera curiosidad por las ciencias y las artes, en torno a algunos principios básicos que todos compartían: la aplicación de la química a la medicina y la práctica clínica, y su oposición a la rutina escolástica. Tenían lugar los lunes y fueron públicas al año de su inicio. Todos eran recibidos a emitir su opinión o escuchar y seguir la de otros oradores sobre una materia propuesta. Conferencias, por cierto, impartidas en lengua francesa, en una época en que el latín no precisamente ciceroniano, era aún la jerga de la medicina y a un siglo del Edicto de Francisco 1º de Villers-Cotterêt para el derecho y los tribunales, en que se había impuesto la lengua nacional. Serán impresas a partir de 1633 hasta 1650 y reunidas posteriormente en varios volúmenes por uno de los hijos de aquel animador, Eusèbe Renaudot, bajo el título cada uno de ellos de *Recueil général des questions traitées ès conférences du Bureau d'Adresses sur toutes sortes de matières par les plus beaux esprits de ce temps* (11). Se trataba, pues, de charlas doctas sobre asuntos estrictamente científicos (las particulares relaciones de Renaudot con el cardenal de Richelieu y su apoyo al proyecto que el Ministro impulsaba, hubieran hecho impensable el discutir

en aquel foro cuestiones de otra índole). Entre los temas debatidos en la sala del *Bureau* figuraron, no obstante, el de la doble circulación sanguínea que Harvey había expuesto recientemente en su *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animalibus* (1628), que desmentía a Galeno y aquel muy espinoso referido al movimiento de los planetas y la tesis copernicana que apasionaba por entonces a la Europa de los sabios, cuyo más ilustre representante, Galileo, era perseguido por la Inquisición hasta obligarle a abjurar en 1633. El mismo Renaudot hacía notar la ausencia de dogmatismo y referencia general a las autoridades:

“...On n’y allègue des autorités que fort rarement Quelques-uns eussent désiré qu’on n’eût point laissé avancer d’opinions contraires à celles de l’Ecole. Mais cela semble répugner à la liberté de notre raisonnement qui perdrait son nom s’il demeurait entièrement captivé sous la férule d’une autorité magistrale, à laquelle l’humeur de notre nation s’accommode encore moins qu’une autre. Et l’expérience journalière nous fait voir qu’il n’y a rien de plus ennemi de la science que d’empêcher la recherche de la vérité qui paraît (ou croît) principalement en opposition des contraires” (12).

Y también: *une autorité ne doit point faire de force sur des âmes libres*. El número de asistentes que solicitaban tomar la palabra iba en aumento, por lo que, al poco, hubo de procederse a una sensible selección de los oradores y, a partir de 1636, inscribirse por adelantado.

No obstante, la presencia de Renaudot y sus proyectos en la Capital eran seguidos con desagrado, no poca suspicacia e incluso agresividad, por los diversos sectores que se pretendían afectados en sus intereses gremiales, desde libreros e impresores, hasta los cerrados y puntillosos círculos médicos. Durante una decena de años sus trabajos y realizaciones no pudieron considerarse medianamente consolidados.

Las actividades del *Bureau d’Adresses*, no se limitaron —decíamos— al dispensario, laboratorio y conferencias científicas, también fueron consagradas a creaciones de carácter social y económico, en relación con la falta de atención y la miseria que azotaba a extensas capas de la población. Las realizaciones médico-sociales y científicas formaron parte de un conjunto de instituciones de carácter filantrópico, salidas del temperamento fecundo de este hombre, no sin la fuerte oposición de la Facultad de Medicina de París que le persiguió con saña y entre cuyos miembros se hallaba su censor y luego decano el, por otro lado, latinista y epistológrafo Gui Patin, que llamaba al de Loudun *Cacophraste Renaudot*, en espera de tratarle de bri-

bón, *fourbe*, a la muerte del rey; aquellos doctores no encontraban digno de la profesión médica lo que tildaban de *negocios* del señor Renaudot.

Hacia 1635, unos seis años desde la apertura del *Bureau d'Adresses*, Teofrasto Renaudot imagina una especie de banco popular, cuyo objeto parecía similar a un Monte de Piedad. Ya el gobierno había intentado sin conseguirlo, hacia 1626/27, organizar algo similar y proveer al Reino de alguna institución que asegurase préstamos a tipos módicos. Renaudot, inspirado sin duda en los intentos precedentes, elevó al rey su proyecto, y la solicitud fue aceptada. Por patente de 1636, se le concedía la dirección e intendencia general, *pour en jouir à perpétuité, à partir du jour que l'établissement desdits Monts-de-Piété aura été résolu par Sa Majesté en son Conseil*. En espera de la entrada real en vigor de aquel decreto, Renaudot obtuvo autorización para abrir al público oficinas de *vente à grâce*, dirigidas tanto a los pobres como a los nobles, *gentilshommes*, arruinados. En marzo de 1637, era también autorizado a prestar a bajo interés a quienes pudieran exhibir la propiedad de muebles u otros bienes, para liberarse de deudas, pagar impuestos, etc., pudiendo retener un 2% del valor de la mercancía vendida o intercambiada. Instituciones filantrópicas y de gran utilidad que Renaudot llamaba sus *innocentes inventions*.

Independientemente de su *Bureau d'Adresses*, soñaba Renaudot con abrir algún tipo de escuela libre de Medicina, moderna y liberal, bajo la forma de un *Hôtel de consultations charitables*, no sujeta a la dogmática rigidez que ahogaba el progreso de la muy corporativa Facultad de París, poco amiga de novedades, y donde se pudieran combinar curas y atenciones con la enseñanza, el hospital con la formación. Renaudot estimaba muy insuficiente, y se indignaba por ello, el número de médicos que ejercían en la Capital del Reino, que rebasaba el medio millón de habitantes (101 en 1634; 112 en 1638); el precio excesivo de las medicinas, el mal funcionamiento y vetustez de los establecimientos (en el *Hôtel-Dieu*, 2 médicos para 1.300 enfermos; 3 en 1640; aparte de aquellos cirujanos y boticarios que ignoraban el latín, tan necesario para curar el cuerpo, simples *ministri artis*, según Gui Patin, que la Facultad entendía mantener bajo su alta jurisdicción y por los que sentía desprecio corporativo (13), a pesar del honorable precedente de un Ambroise Paré). Para hacer realidad su proyecto, cuenta Renaudot, una vez más, con el estimable sostén de Richelieu, de los hombres de ciencia que ya frecuentan sus conferencias, con médicos diplomados de otras facultades no parisienses y, en lo tocante a ungüentos y preparados de botica, con la liberalidad de los pudientes. Su dispensario para los indigentes abre sus puertas en 1635. Interesados en una formación directa

y práctica, no eran pocos los estudiantes que frecuentaban el establecimiento, para escarnio de los doctores locales. Unas *lettres patentes* de Luis XIII, de noviembre de 1640, consagrarán oficialmente aquellas *consultations charitables* para enfermos sin recursos, que contribuían a la mejora de una enseñanza clínica todavía mal organizada.

El doctor Teofrasto Renaudot había creado el primer dispensario laico, público y gratuito; animado por un vigoroso temperamento de vulgarización científica, va a crear también el primer laboratorio público de química en Francia (disciplina que apenas se ha desgajado aún de la alquimia); le amparaba una autorización para hacer *toutes sortes d'opérations cliniques servant a la médecine*. Ya otros imparten en sus escritos revolucionarias lecciones; el *Discours de la Méthode* es de 1637: admitir en las ciencias únicamente la razón —predica Descartes— si bien su método deductivo le llevará, aplicado a la Medicina y la Biología, a gruesos errores. Pascal, por su parte, no tardará en ilustrar el método experimental. Tanto Montpellier primero como París, practican ya sistemáticas disecciones para un mejor conocimiento de la anatomía; aun así, en la fisiología, dogmatismo y escolasticismo tenían en la Universidad de París uno de sus principales feudos.

Renaudot desdeña la rutinaria sangría (lo que el apologista de la *fré- quente saignée*, Gui Patin, no le podía perdonar), las lavativas, las drogas purgantes al uso, a base de sen, de casia o de ruibarbo, y ensalza, en una época en que la farmacopea es eminentemente vegetal, las virtudes del controvertido antimonio (elemento que no tardará en imponerse en la opinión, antes de conseguirlo legalmente en 1666 por decreto del Parlamento), con el que tenía ya cierta familiaridad a través de sus trabajos y de su formación montpellierina; la Facultad de París lo consideraba, no sin razón, peligroso (insuficientemente depurado, se presentaba asociado al arsénico) y acusaba a la de Montpellier de rendir un culto *hermético* e interesado al ídolo antimonial. Del inquieto ambiente de estos años, saldrá en la generación siguiente, un Nicolás Lémery —otro reformado que también volverá, semi-forzado, al Catolicismo, famoso boticario químico del *Grand Siècle*—. Sobre todo, alaba Renaudot la quina, de la que se empezaba a hablar en Europa hacia 1640 por sus propiedades tónicas, febrífugas y antimaláricas; se la llamaba *polvo de la condesa* [de Chinchón], según cierta anécdota insuficientemente acreditada, o *polvo de los jesuitas*, por considerarse a éstos sus introductores en nuestro continente.

Basándose en viejos reglamentos que prohibían el ejercicio de la medicina en la Capital a quienes Ella no hubiese formado, pretenderá la Facultad de París, hasta lograrlo, impedirle a Renaudot ejercer su profesión —

doctor provinciano y adalid de la quimioterapia, hacia la que se sentía por aquellos años particular hostilidad en los medios oficiales— él que se empeñaba en ofrecer consultas gratuitas para los desheredados y que procedía de la galénica Montpellier, Facultad considerada rival y otra ciudadela importante de los estudios médicos en la Francia de entonces. De esta de Montpellier, que aseguraba fundamentar sus orígenes (la universidad databa de 1289) en una bula de Urbano V, papa aviñonense del siglo XIV, decía Jean Riolan —buen anatomista, por cierto— en sus *Curieuses Recherches*, que apenas lo formaban seis o siete doctores, jóvenes *présomptueux, ignorant et malicieux*, y que, al principio de la Escuela, eran sus médicos Arabes, Mahometanos y Judíos; lo cual, en la circunstancia, resultaba más elogio que injuria: aquí mantuvo primer rango, durante más de un siglo, el *Canon* de Avicena (14).

La oposición de la Facultad de Medicina de París contra aquella especie de competidor se hacía más agria y enconada; gruesos nubarrones se cernían cada vez más densos sobre el siempre considerado intruso en la Capital, de donde le llovían anónimos y libelos a cual más hiriente y calumnioso (15). El fogoso Gui Patin amenazaba, una vez más, en mayo de 1641, aludiendo sin embozo a la condición de *gacetillero* de aquel entrometido que actuaba en la impunidad de la protección del gobierno:

“...Si ce gazetier n'était soutenu par l'Eminence en tant que nébulo-hebdomaderius, nous lui ferions un procès criminel” (16).

Pero a pesar de la desaparición del P. Joseph en la navidad de 1638, Renaudot sigue contando con inquebrantables apoyos en las altas esferas, no en vano es el director-redactor desde 1631 de uno de los principales instrumentos de condicionamiento de la opinión —no solamente francesa— en el pulso continental que Francia sostiene contra la España de Felipe IV, *La Gazette*.

Luis XIII, antes de morir, cedía todavía en 1643 un terreno que le permitiría a su protegido crear un jardín medicinal (París y la Facultad de Medicina disponían ya de un jardín botánico por Edicto real de 1626). Así, recogiendo el fruto de sus trabajos sobre química y botánica, fundamento de su primigenia formación árabe-montpellierina, a los que, en adelante, podía consagrarse, Renaudot publicará algunas obras, elogiando, por ejemplo, los beneficios de ciertas aguas minerales.

El Cardenal de Richelieu moría en diciembre de 1642 y Luis XIII, desamparado políticamente, parecía seguirle en mayo siguiente. Este fue, por parte de los médicos que asistieron al rey, el informe de la autopsia:

Atque in hoc regis cadavere ulcera plurima pure, sania ac tabo manantia reperta sunt, variis partibus inusta... Sed unum colo extremo insederat quo intestinum ipsum exederat et perforaverat, unde purulenta multa ex putrefactis praedicti mesocoli glandulis et vasis emanans et alvo inferiore coercita et cumulata trium librarum semissestiariorum parisiensium mensuram implere poterat.

(Se encontraron en el cadáver del rey muchas úlceras, que supuraban pus, icor y pobredumbre, como quemadas en diversos lugares. Pero una de ellas se había formado en la extremidad del colon, perforando y royendo el intestino mismo; tan grande cantidad de pobredumbre había manado de las pequeñas glándulas y de los vasos del mesocolon, acumulándose sin salida en el bajo vientre, que se hubiera podido llenar con ella una medida de tres libras).

Cáncer generalizado al parecer (17).

Así desaparecían los egregios valedores del aquel que, a su vez, tan valiosos servicios venía prestando a la Monarquía francesa y al ideal de estado moderno; con ellos, el apoyo con que Renaudot había contado para sus actividades médicas, divulgativas y filantrópicas. A pesar del privilegio real que le amparaba, el médico de Loudun deberá renunciar a la práctica de la medicina en París en 1643. Pero *La Gazette* (futura *Gazette de France*, cuando en 1762 Luis XV la convierte en órgano oficial del gobierno) iba a continuar, y de ello se encargaría Mazarino, principal ministro de la española regente Ana de Austria, que Richelieu en su lecho de muerte, había recomendado a la consideración del rey; el diplomático italiano le renovaba su estima y confianza, elevándole al rango de *historiographe du roi* (18).

En adelante, de reticencia en insinuaciones malévolas, hasta lo íntimo y lo personal, de acusaciones en procesos, la obra filantrópica y proyectos científicos de T. Renaudot se vieron en no mucho tiempo reducidos a la nada. He aquí la sentencia dictada el 19 de diciembre de 1643, a pocos meses

de la muerte de Luis XIII, por el Oficial Civil del Prebostazgo (jurisdicción de París):

“... Faisant défense au sieur Renaudot et à ses adhérents et adjoints soi-disant médecins, d'exercer ci-après la médecine, ni faire aucune conférence, consultation ni assemblée dedans le Bureau d'Adresses ou autre lieu de cette ville et faubourgs, ni de traiter ou panser aucun malade sous quelque prétexte que ce soit, à peine contre les contrevenants de cinq cents livres d'amende, au paiement desquelles il sera contraint” (19),

sentencia confirmada, poco después, por propio decreto del Parlamento de 1 de marzo de 1644. Ciertamente es que, ya desde 1637, funcionaba una consulta semanal en el *Collège des Doyens et Docteurs* de la Facultad de Medicina de París para *tous malades et affligés de quelque maladie que ce soit*, a lo que el médico de Loudun la había obligado, en un intento por neutralizar su labor.

Los hijos de Renaudot, Isaac y Eusebio, no conseguirán ni en vida del Cardenal superar la manifiesta mala fe de la Facultad que les obligaba a desautorizar y repudiar ante notario las actividades de su padre. Sólo en 1648, bajo tales horcas caudinas lo lograrán. El segundo, un tiempo al servicio del Cardenal, que se distinguía entre los modernos en el combate proantimonial, seguirá siendo objeto de los dardos envenenados del iracundo Patin.

Ya únicamente consagrado a su tarea periodística, hasta su muerte, aun cuando siga titulándose *conseiller médecin du roi*, Teofrasto Renaudot se traslada en 1646 de *la Cité* a *la rue Saint Honoré* (20); amargado en su vida privada y semiparalizado (21), hubo de seguir haciendo frente a una oposición más excitada que nunca, diferente ahora en algunos de sus rasgos, que su actividad de esencia política no podía dejar de suscitar en los sectores ideológicos nacionales vulnerados en su publicación. Como publicista pasó enteramente al servicio del nuevo Ministro, con quien se atrevió a compartir, hasta su propia muerte, los azares de la política interna y la animadversión que este Giulio Mazarini encontraba entre aristócratas y parlamentarios, en aras de la estabilidad del Reino durante la minoría del rey niño. Teofrasto Renaudot morirá el 25 de octubre de 1653; el ya aludido Jean Riolan, interpretando a la Facultad entera, garabateaba:

“... *La mémoire du nom de Renaudot et de ses ténébreux desseins nous sera a jamais odieuse; il a voulu s’immortaliser en détruisant notre école, comme voulait faire autrefois Erostrate en brûlant le temple de Diane en Ephèse...* (22).

La vileza mata de cuando en cuando; la pedantería nunca ha curado a los enfermos.

Un año antes, el joven rey Luis XIV había regresado a la Capital del Reino, tras los críticos años de la Fronda.

NOTAS

(1) Modelo que seguirá p. ej., la facultad de medicina de Valencia. G. DE LA TOURETTE (1884): *Théophraste Renaudot*; del mismo (1892): *La vie et les oeuvres de Théophraste Renaudot*.

(2) TH. RENAUDOT (1641): *Response à l’auteur du libelle contre les consultations charitables*.

(3) JEAN IMBERT (1958): *Les hôpitaux en France*; Presses Universitaires de France.

(4) FRANÇOIS MILLEPIERRES (1965): *La vie quotidienne des médecins au temps de Molière*; Hachette, Le Livre de Poche, págs. 232-235.

(5) JEAN IMBERT: *Ob. cit.*, pág. 87.

(6) FR. MILLEPIERRES: *Ob. cit.*, pág. 236.

(7) CARL J. BURCKHARDT: *Richelieu*; París, Robert Lafont. HUBERT METHIVIER (1971): *Le Siècle de Louis XIII*. Presses Universitaires de France.

(8) P. GOUHOUT: *Théophraste Renaudot*, pág. 61.

(9) TH. RENAUDOT (1630): *Inventaire des adresses du Bureau de recontres où chacun peut donner et recevoir avis de toutes les nécessitez et commoditez de la vie*; 34 pages, in-4°.

(10) Objeto de otro estudio, de más aliento, por nuestra parte.

(11) JACQUES ROGER (1965): *Les sciences de la vie dans la pensée française*; París, Colin; pág. 40. Y J.-L. DENONAIN (1965): *Les problèmes de l’honnête homme vers 1635 et les Conférences du Bureau d’Adresses (Etudes Anglaises)*; págs. 235-237).

(12) PIERRE GOUHOUT: *Ob. cit.*, pág. 53. Modernizamos la ortografía.

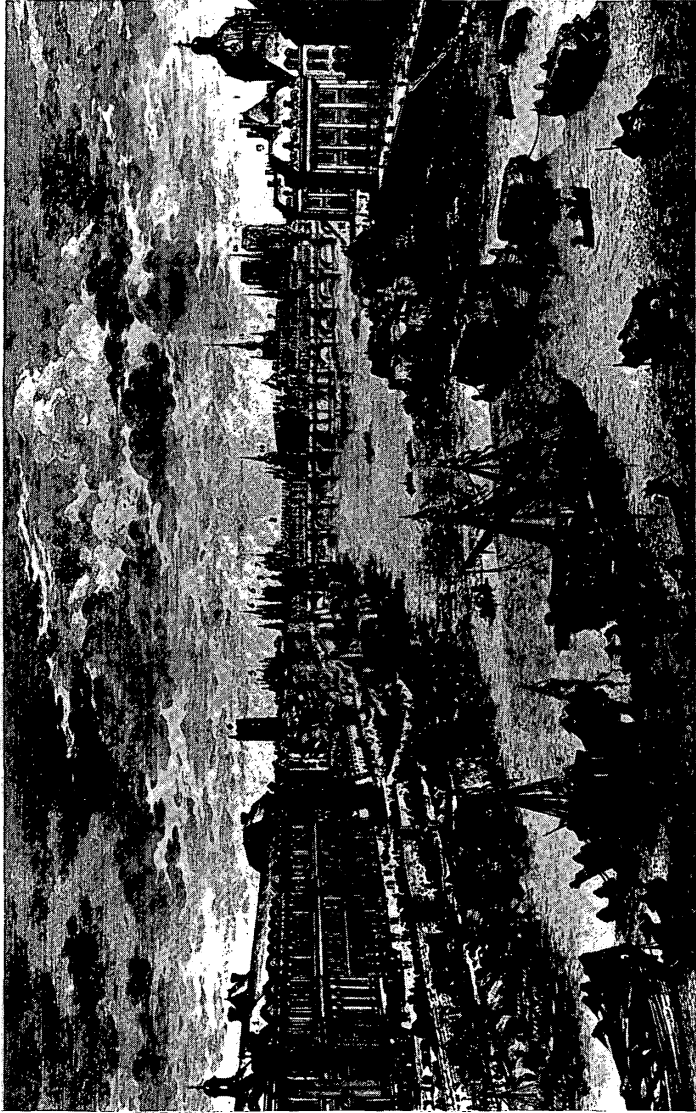
Compárese con las tesis doctorales que, por entonces, se pasaban en las Facultades, como la del autor de la columnata del Louvre y también médico Claude Perrault, que sostenía en la de Medicina de París en 1641: Si los médicos pueden casarse; recordando aquí que un tiempo hubo en que los galenos debían ser célibes.

(13) FR. MILLEPIERRES: *Ob. cit.*, págs. 196-197.

(14) Ver también: DELAUNAY (1955): *La vie médicale aux XVIIe et XVIIIe siècles*: 1935 (colección *Hippocrate*). J. LEVY-VALENSI (1935): *La médecine et les médecins français au XVIIe siècle*. ASTRUC (1767): *Mémoire pour servir à l’histoire de la Faculté de Médecine de Montpellier*.

(15) RENÉ MOREAU: *Défense de la Faculté de médecine contre son calomniateur*. TH. RENAUDOT (1641): *Response à l’auteur du libelle contre les consultations charitables*.

- (16) A. BRETTE (1901): *Correspondance, extraits, notice biographique de Gui Patin*; París.
(17) FR. MILLEPIERRES: *Ob. cit.*, pág. 218.
(18) Ver E. HATIN: *Histoire de la Presse française sous Louis XIV*; I-95, ss.
(19) P. GOUHOUT: *Ob. cit.*, págs 57-58.
(20) Ver G. DE LA TOURETTE: *Théophraste Renaudot*.
(21) R. DUPLANTIER (1947): La vie tourmentée et l'oeuvre laborieuse de Théophraste Renaudot (1586-1653); (*Bulletin de la Société des Antiquaires de l'Ouest*; t. XIV; págs 29-331).
(22) FR. MILLEPIERRES; *Ob. cit.*, pág. 195.



La ciudad de París en el siglo XVII.



El cardenal de Richelieu (a sus pies, encadenados, el león, símbolo de España, y el águila, símbolo del Imperio).

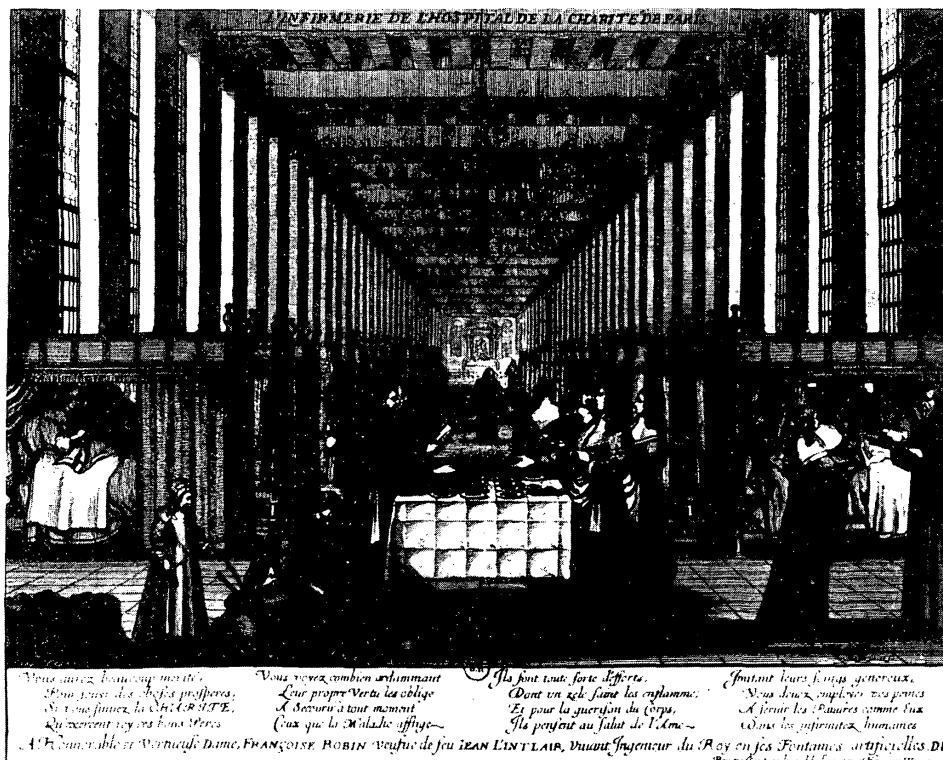


*Theophrastus Renaudot Juliodunensis, Medicus et Historiographus Regius,
etatis a^o 58: salutis 1644.*

*Invenisse juvat; magis, exequi: At ultima laus est
Postremum inventis appropiusse manum.*

A. after 60

Teofrasto Renaudot.

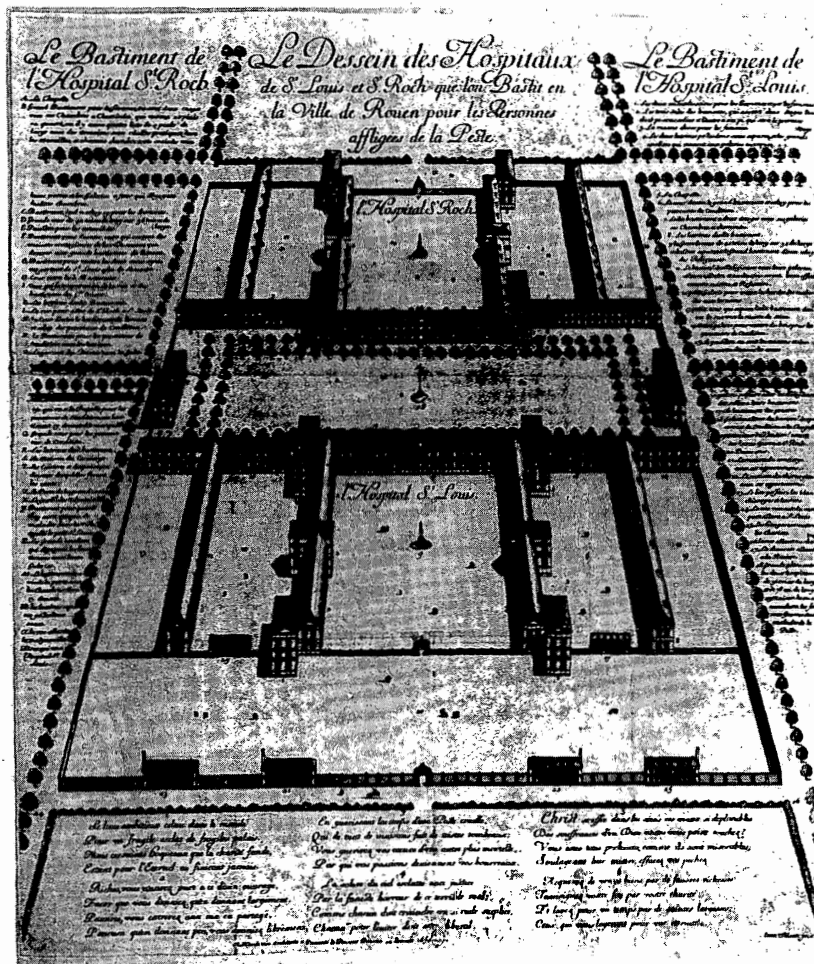


Sala del «Hôpital de la Charité» de París (el grabado, dedicado a la viuda del difunto Jean L' Itlair, en vida ingeniero de las fuentes reales artificiales, lleva estos versos admonitorios: *En el goce de las cosas prósperas, habréis hecho grandes méritos, si seguís la CARIDAD que aquí ejercen estos buenos Padres; ved cuán arduosamente su misma virtud les obliga a socorrer en todo momento a quienes aflige la enfermedad. Desarrollan todo tipo de esfuerzos, animados de un santo celo, sin dejar de pensar en la salvación de las almas cuando sanan los cuerpos. En imitación de sus generosos cuidados, aplicad vosotros vuestros esfuerzos, como ello hacen, sirviendo a los pobres en las miserias humanas.*

LO GRABO: Herman Weyen.

Asclepio-II-1992

171



Plantas respectivas de los hospitales de Saint Roch y de Saint Louis, construídos en la ciudad de Rouen para los apestados.

FUENTE: Bibliothèqu Nationale de Paris